

Octava Parte

Los Libros Sapienciales de David y Salomón

Libro V

El Eclesiastés

Prólogo

1. El rey Salomón, inspirado por el Espíritu Santo, escribió el Libro del Eclesiastés, de carácter moral, en el que se exponen otros aspectos de la necesidad de las cosas mundanas y del beneficio que entraña la posesión de la Divina Sabiduría.

2. En el Libro del Eclesiastés, escrito por Salomón a los setenta años de edad y, por tanto, un año antes de su muerte, se refleja un cierto arrepentimiento de gran parte de los desvíos de su vida, así como su desengaño por las vanidades de las cosas de la Tierra, que él poseyó con opulencia y desordenados apetitos. A través de las páginas del Eclesiastés, la Divina Sabiduría predica contra la vanidad de las cosas humanas, para que los hombres aprendan a gobernarse sabiamente mientras viven en este mundo y sepan enderezar sus pasos hacia la eterna Bienaventuranza.

Capítulo I

Vanidad de las cosas humanas que no conducen al hombre a su fin sobrenatural

Vanidad de vanidades, todo es vanidad: Si el hombre no emplea su vida al servicio de Dios, ¿qué beneficio duradero saca de todo el trabajo con que se afana sobre la Tierra?

Una generación pasa, y otra generación viene: Mueren unos y nacen otros, y lo que aquellos dejaron lo toman estos; mas, la Tierra siempre permanece estable.

Sale el sol, y se pone; vuelve a salir, y se oculta; y así sucesivamente.

Corre el viento por toda la redondez de la Tierra en un ciclo continuo.

Los ríos entran en el mar, y éste no rebosa; y del mar, mediante la evaporación de sus aguas por los efectos del sol, vuelven los manantiales a recibir caudal y los ríos corren de nuevo hacia el mar.

Todas las cosas del mundo encierran sus misterios, los cuales el hombre apenas puede comprenderlos, y menos explicarlos.

No se harta el ojo de mirar, ni el oído de oír.

Lo que hasta aquí ha sido, lo mismo seguirá siendo.

Lo que hasta aquí se ha hecho, lo mismo se hará.

En lo que respecta a las cosas comunes y básicas para el hombre, no hay nada nuevo bajo el sol, ni nadie puede decir: «*He aquí una cosa nueva*», porque ésta ya precedió en los siglos anteriores, con idénticos o parecidos matices.

Capítulo II

Vanidad de la sabiduría o ciencia humana que no conduce al hombre a su fin sobrenatural

Yo, Salomón, rey de Israel y autor de este libro, puedo hablar, por experiencia propia, de la vanidad que es para el hombre la sabiduría humana que no va encaminada al fin sobrenatural de su alma; pues, si bien es verdad que Dios inspira al hombre la labor de profundizar en las cosas por Él creadas, es para que esto redunde en mayor servicio de sus planes divinos.

Yo, pues, me propuse muchas veces en mi corazón llevar a cabo una minuciosa investigación sobre las cosas del mundo con el fin de ser más sabio ante los hombres. Hasta incluso apliqué mi corazón a aumentar más mis conocimientos sobre la prudencia y la doctrina, la necedad y los errores; mas, no con el fin de enmendar mi vida, sino de parecer más sabio. Yo pensaba entonces: Heme aquí engrandecido y aventajado en sabiduría humana más que cuantos antes de mí existieron. En mis estudios, observé lo mucho que hacen los humanos por su mero provecho material, y no por el beneficio de su alma; pues, los perversos, con dificultad se corrigen y el número de los necios es incalculable. Ahora veo que, cuantas veces puse mis conocimientos al servicio de mi gloria personal, y no al servicio de Dios, todo eso quedó en vano trabajo y turbación de espíritu.

Por mucha sabiduría que pueda tener uno de las cosas que existen en el mundo, el conocimiento de Dios sobre ellas es infinitamente mayor. Bien es verdad que, en el orden puramente humano, la diferencia que hay entre el sabio y el ignorante, es la que puede haber entre la luz y las tinieblas; mas, considerando que ambos vienen a morir igualmente, pensé en mi corazón: Si yo, que me tengo por sabio, he de morir lo mismo que el ignorante, ¿de qué me sirve el aplicarme con desvelo a adquirir conocimientos para mi propia gloria personal? Y discurriendo ahora sobre esto, llegué a la conclusión de que la sabiduría humana, por sí misma, es vanidad.

Capítulo III

Vanidad de las riquezas y de los placeres que alejan al hombre de su fin sobrenatural

También yo dije en mi corazón: Tendré abundancia de deleites y gozaré sin freno de los bienes de este mundo. Mas luego eché de ver que también esto es vanidad.

Mandé hacer magníficas obras, me edificué casas, planté viñas; hice huertos y vergeles, y puse en ellos toda especie de árboles. Construí estanques de agua para regar el plantío de los árboles. Poseí cuantiosas mujeres y muchos esclavos y esclavas, y llegué a tener numerosa familia. También tuve muchos ganados mayores, muchísimos rebaños de ovejas, más que los que habían tenido cuantos existieron antes de mí. La mucha riqueza de plata y oro que ya poseía, la aumenté aún más de los tributos que me pagaban los reyes de otras naciones y de los pesados impuestos que cargué sobre mi pueblo. Me rodeé de cantores y cantoras, y cuanto sirve de deleite al hombre; usé vasos y jarros preciosos para servir el vino en mi mesa; y

sobrepuse en riquezas a todos los que vivieron antes de mí. En suma: No negué a mis ojos cuantas cosas desearon; ni vedé a mi corazón que gozase de todo género de deleites, y se recrease en las cosas que tenía yo preparadas; antes bien juzgué ser esta mi suerte, el disfrutar de mi trabajo. Mas volviendo la vista hacia todas las obras de mis manos, y considerando los trabajos en que tan inútilmente me había afanado, veo que todo era vanidad y aflicción de espíritu, y que nada hay estable en este mundo.

Pues, si el hombre prescinde de Dios, ¿qué fruto sacará de todos sus afanes y de la aflicción de ánimo con que se atormenta en este mundo? ¿No es esto vanidad? Sin embargo, es un don de Dios el que el hombre viva con sosiego de espíritu, goce santamente de su trabajo y coma y beba con mesura. ¿Quién podrá regalarse y abundar en delicias tanto como yo, y con todo soy infeliz? Al hombre que es bueno en su presencia, Dios le da Sabiduría Divina, ciencia y sana alegría; mas, al pecador, le deja en sus aflicciones e inútiles cuidados de acumular y almacenar bienes, que luego pasarán a otros; lo cual es vanidad e inútil tormento del alma.

Capítulo IV

El desmedido afán del hombre es vanidad, ya que cada cosa tiene su tiempo

Todas las cosas tienen su tiempo, y todo lo que hay debajo del cielo transcurre dentro de un correspondiente periodo: Hay tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de sembrar, y tiempo de recoger; tiempo de enfermar, y tiempo de sanar; tiempo de edificar, y tiempo de derribar; tiempo de reír, y tiempo de llorar; tiempo de danzar, y tiempo de plañir; tiempo de amontonar piedras, y tiempo de esparcirlas; tiempo de abrazar, y tiempo de aborrecer; tiempo de ganar, y tiempo de perder; tiempo de guardar, y tiempo de arrojar; tiempo de coser, y tiempo de rasgar; tiempo de hablar, y tiempo de callar; tiempo de amar, y tiempo de odiar; tiempo de guerra, y tiempo de paz.

¿De qué sirve afanarse tanto en la vida por cosas que luego han de acabar? He visto el sufrimiento que acompaña siempre al hombre en sus afanes, lo cual es la pena merecida por su pecado. Todas las cosas que hizo Dios, son buenas al hombre, con tal que se usen a su tiempo y según el plan de Dios; mas, por el pecado, el hombre se afana muchas veces en usarlas según sus apetencias, y no según el recto fin para que fueron creadas. Mas, he conocido que no hay mejor cosa para el hombre que hacer el bien en su vida, tener sana alegría, comer y beber moderadamente y ver el bien que le reporta su trabajo, ya que éste es un don de Dios. He visto que todas las cosas que ha criado Dios, siempre subsisten de una manera u otra, y que no podemos añadir ni quitar nada de lo que Dios hizo para ser temido y adorado. Lo que fue hecho, eso mismo permanece; lo que ha de ser, ya fue, porque Dios renueva lo que pasó.

Capítulo V

La vanidad de las miserias de la vida

He visto bajo el sol la iniquidad en el lugar de la piedad, y la injusticia en el puesto de la justicia. Y he dicho en mi corazón: Dios ha de juzgar al justo y al impío; porque a cada uno le llega el tiempo de que se le llame a orden. El hombre que no obra con rectitud, y se hace esclavo de sus pasiones bajas, ¿en qué se diferencia de una bestia? La diferencia entre uno y otra está en que el hombre se comporte como hombre obrando con rectitud, y no como bestia. Es más, el hombre de vida depravada es peor que las bestias, ya que éstas, al menos, actúan según las leyes naturales que Dios ha puesto en ellas. Entiendo, pues, que no hay cosa mejor para el hombre que obrar con rectitud y atender con santa alegría a sus ocupaciones, pues esto es lo que Dios quiere de él mientras viva.

Volví mi atención a otras cosas, y vi las violencias que se cometen en la Tierra, las lágrimas de los inocentes, sin que nadie los consuele, y la imposibilidad de librarse de las manos de sus opresores al carecer de todo socorro humano. Y consideré que cualquier acto bueno del hombre viene únicamente de Dios.

También contemplé todos los trabajos de los hombres, y eché de ver que sus éxitos y habilidades desmesurados están expuestos a la envidia y persecución de los otros; por lo que el afán desmedido por las cosas materiales, es vanidad y cuidado superfluo. Aunque también he visto que el perezoso, cruzado de brazos, dice neciamente: *«Más vale con descanso un puñadito de bienes en una sola mano, que las dos llenas a fuerza de trabajo y aflicción de corazón»*; lo cual es vanidad y holgazanería.

Considerando más, hallé otra vanidad bajo del sol: Un hombre que vivía solo, sin esposa, sin hijos, sin hermanos, ni heredero alguno; que no se hartaba de acumular riquezas, y que ni siquiera recapacitaba diciendo: *«Yo, ¿por qué me afano tanto para mi provecho en perjuicio de mi alma?»* Vanidad grandísima es, pues, su conducta. Más le vale al hombre que vive solo, compartir sus bienes con los que están necesitados, y así contará al menos con la compañía de ellos; pues, la buena compañía suele tener sus ventajas; ya que, si uno cayere, le sostendrá el otro. ¡Ay de aquel que cuando cayere, no tiene quien le levante! Y si alguien acometiere contra alguno de los dos, ambos le harán resistencia; pues, una cuerda de muchos hilos difícilmente se rompe.

Más vale un joven pobre, si es sabio, que un rey viejo y necio que no es prevenido para el futuro; porque, algunas veces, de la cárcel y de entre cadenas, sale uno para reinar; mas, otro nacido en el trono, acaba en miseria.

Entra en la Casa de Dios con buena disposición, considerando el lugar sagrado que es, y acércate con ánimo para oír lo que Él hable a tu corazón, y cumplo; porque es mucho mejor la obediencia que los sacrificios de los necios, los cuales no saben bien cuánto mal hacen y se hacen.

Capítulo VI

La vanidad de las malas palabras, del incumplimiento de los votos, de la avaricia, de las injusticias y de otros desórdenes

No hables nada inconsideradamente, ni sea ligero tu corazón en proferir palabras; porque Dios todo lo oye, y te juzgará severamente. Sean, pues, moderadas tus palabras: Ya que, en el mucho hablar, no faltarán necesidades.

Si hiciste algún voto a Dios, no tardes en cumplirlo; pues le desagrada la promesa infiel y la imprudente. Por tanto, cumple lo que hubieras prometido; porque mucho mejor es no hacer votos, que hacerlos y no cumplirlos.

No sea tu lengua ocasión de pecado, ni digas: «*no hay providencia*»; no sea que Dios, enojado contra tus palabras, destruya todas las obras de tus manos. Cuando se deja suelta la imaginación en sueños inútiles, se cae en muchísimas vanidades.

Si vieres la opresión de los pobres, la violencia que reina en los juicios, y el trastorno de la justicia en una nación, no te extrañes ni turbes por este desorden; pues, el que está en alto puesto, tiene otro sobre sí; y sobre éste, hay otro más elevado; y sobre todos ellos, está el rey; y sobre el rey está Dios.

El avaro jamás se saciará de dinero; y quien ama excesivamente las riquezas, ningún fruto sacará de ellas, lo cual es vanidad; pues, no disfrutará felizmente, ya que, donde hay muchas riquezas, hay también muchos que se las comen; y esto es para el avaro un gran sufrimiento. Por el contrario, dulcemente duerme el honrado trabajador, ya coma poco, ya coma mucho; mas, el rico está tan repleto de manjares que estos ni le dejan dormir.

Además, el atesoramiento de riquezas puede traer, como funesta consecuencia para el dueño, el que le sean robadas por los ladrones. Y si esto sucede, se verá reducido a la mayor miseria; y así como salió del vientre de su madre, así saldrá de esta vida sin poseer nada de lo adquirido con su trabajo. Por lo tanto: Yo tengo por una cosa buena, el que el hombre coma y beba moderadamente, viva con rectitud y disfrute con sana alegría del fruto de sus fatigas durante los días que Dios le conceda. Y cuando Dios concede a un hombre riquezas y hacienda, si éste las pone a su servicio y no las usa para cosas malas, es bueno que disfrute sanamente de ellas, ya que esto es un don de Dios.

El hombre a quien Dios ha dado riquezas, hacienda y honra, y nada le falta de lo que desea, si por su avaricia no se atreve a usar de ellas sanamente para que no se le acaben, con su ruindad las dejará a merced de extraños tras su muerte, y estos las devorarán en pocos días sin darles valor alguno.

Capítulo VII

Lo que es mejor para el hombre y el valor de la Divina Sabiduría

¿De qué le sirve al hombre el investigar vanamente cosas superiores a él, si no se preocupa de lo que es fundamental para su alma, ni piensa en la brevedad de la vida?

Más vale buena reputación que los más preciosos perfumes; y mejor es el día de la muerte del justo que el día de su nacimiento.

Mejor es ir a la casa del duelo, que a la casa del festín: Porque en aquella se recuerda el fin de todo hombre, y nos da oportunidad de pensar lo que debemos hacer para que la muerte no nos sorprenda en pecado mortal.

Mejor es la gravedad y seriedad del justo, que la falsa risa del impío lisonjero: Porque el semblante del justo será en muchos motivo para reprimirse de nuevas faltas y corregirse de las cometidas. Por eso, el corazón del que es sabio y prudente, está en donde hay rectitud y disciplina; y el corazón del necio está en donde hay libertinaje.

Más vale ser reprendido del sabio y prudente, que seducido al mal con la lisonja del necio.

No seas fácil en airarte, porque la ira anida en el corazón del insensato.

Algunos dicen que los tiempos pasados fueron mejores que los presentes por el mero hecho de ser pasados; lo cual es una necedad, ya que muchas veces los tiempos presentes superan en virtud y prosperidad a muchos de los pasados.

He visto morir al justo en la justicia y al impío en la impiedad. Por tanto, no multipliques pecado sobre pecado, ni quieras ser insensato, no sea que te coja la muerte antes de tiempo.

En tus deseos de ser justo, no caigas en extremos y rarezas, ni pretendas saber más de lo que te conviene; no sea que vengas a caer en la estupidez.

Bueno es que socorras preferentemente al justo, mas no por eso retires tu mano de otros que no lo son, pues quien teme a Dios a nadie desecha.

La Divina Sabiduría hace al sabio más fuerte, pero no le hace impecable.

No te pares a escuchar todas las palabras que se dicen, no sea que oigas murmurar de ti, y tu conciencia te recuerde que tú muchas veces también has murmurado de otros.

¡Oh, cuán grande es profundizar en la Divina Sabiduría! ¡Quién podrá llegar a sondearla!

Capítulo VIII

La vanidad de la mujer seductora

Examiné todas las cosas en el interior de mi alma, con el fin de saber, considerar y buscar la sabiduría y la razón de las cosas, y para conocer la impiedad del necio y el error de los imprudentes. Y hallé que más amarga que la muerte es la mujer seductora, la cual es un lazo de seducción y una red para el corazón; y sus manos unos grillos. Quien es justo, huye de la mujer seductora; quien es impío queda preso en su seducción. A esta conclusión he llegado, cotejando una cosa con otra, para averiguar la razón de la pérdida de tantos hombres, sin que todavía no lo haya podido descubrir totalmente. De mil hombres hallé algunos con sabiduría; mas, entre las

mujeres con quienes cohabitó, sólo hallé una con sabiduría. También he llegado a la conclusión de que Dios creó al hombre y a la mujer justos; que la primera mujer pecó por no rechazar la seducción de Satanás; y que el primer hombre pecó por no rechazar la seducción de su esposa. Luego el pecado entró en el mundo por una mujer.

Capítulo IX

El hombre de bien. La virtud, desconocida. Incertidumbre del destino

¿Quién como el verdadero sabio? La Divina Sabiduría se refleja en el rostro del hombre de corazón justo; la necedad se refleja en el rostro del hombre de corazón impío. El hombre sabio guarda los mandamientos dados por Dios y guarda las leyes justas dadas por la autoridad temporal legítima.

Quien guarda los Mandamientos de Dios y las leyes justas de sus legítimos representantes, contará siempre con la protección de Dios durante la vida, y sobre todo en la hora de la muerte. El corazón del sabio procura obrar bien en la vida, ya que sabe que ha de rendir cuenta de sus actos en la hora de su muerte. No tiene poder el hombre para prolongar su vida, ni tampoco posee armas para derrocar la muerte. De nada le servirá al necio la impiedad en aquel trance.

En mis consideraciones, tuve en cuenta también las siguientes vanidades: He visto cómo muchos de los impíos eran enterrados con pompa en atención de que, mientras vivieron, fueron alabados en la ciudad como justos, cuando eran hipócritas. Hay también muchos hombres que cometen males, sin temor alguno, cuando ven que los impíos viven largos años plácidamente sin que Dios tenga prisa de llamarlos a juicio; mas, hay que tener en cuenta que, si bien es verdad que los impíos hacen cien veces mal, y los buenos lo sufren con paciencia, también Dios, a los que le temen, premiará con la vida eterna, mientras que a los otros, si no se convierten, les castigará con la muerte eterna. Cuántas veces en este mundo a los justos les sobrevienen males temporales como si fueran castigados por haber hecho obras de iniquidad; mientras que los impíos gozan de abundancia, de comodidades y de seguridad como si fueran premiados por haber hecho obras de justicia. Mas ha de tenerse en cuenta que, en este mundo, la inteligencia del hombre nunca llegará a comprender completamente el por qué Dios obra de una manera u otra; y cuanto más se esfuerce en tratar de entenderlo, más oscuro lo verá; pues, el que, aparentando ser sabio, dijere que lo sabe todo, no es cierto.

Capítulo X

Templanza y prudencia

Todas estas cosas traté en mi corazón, para procurar entenderlas lo mejor posible: Los justos y los sabios, y las obras de ellos, están en las manos de Dios; y con todo eso no saben con absoluta certeza si son dignos de amor o de odio. En lo que se refiere a las cosas puramente humanas, acontecen igualmente al justo y al impío, al

bueno y al malo, al limpio y al no limpio, al que ofrece sacrificios a Dios, y al que los desprecia. Pues así es tratado tanto el inocente como el pecador, y el que jura en verdad como el perjurio. Es, pues, misterio difícil de dilucidar, el ver que, en este mundo, las mismas cosas meramente humanas suceden a todos. Y si a la vista de esto, el hombre no obra con rectitud y prudencia, teniendo en cuenta el fin de todas las cosas y el destino eterno que espera a cada uno, se entregará de lleno a la iniquidad, al pensar que, en este mundo, es tratado lo mismo el justo que el impío.

Muchos piensan vanamente, diciendo: *«Nadie hay quien viva para siempre, ni que tenga esperanza en la existencia de otra vida perdurable; por tanto, mejor es ser esclavo vivo que rey muerto. Pues, si bien es verdad que los vivos saben que han de morir, mientras viven tienen posibilidad de gozar de esta vida. Mas, los muertos, para nada ya valen, pues ni pueden gozar de este mundo, ni tienen recompensa alguna en otra vida, por lo que su memoria ha quedado sepultada en el olvido».*

Mas, al que es justo yo le digo: *«Vé, y come tu pan con alegría y bebe con gozo tu vino, mientras tus obras sean agradables a Dios. Goza santamente de la vida, durante los días que te sean dados vivir, ya que ésta es la parte que te toca en este mundo como recompensa al trabajo con que andas afanado. Esté limpia en todo momento tu alma, y no falte en ella el óleo de la Gracia, para que seas premiado con la vida eterna y tu memoria resplandezca para siempre».*

Cualquier obra buena que puedas hacer, hazla sin perder tiempo, porque después de muerto ya no tendrás oportunidad de adquirir méritos mediante las buenas obras.

Capítulo XI

La sabiduría vale más que la fuerza

He aquí una especie de sabiduría que yo reputo por muy grande: Había una ciudad pequeña, con pocos habitantes. Vino contra ella un rey poderoso, la sitió, levantó fortalezas alrededor y la cercó completamente. Durante el asedio, un hombre pobre, pero sabio, que se hallaba dentro de la ciudad, aconsejó a los ciudadanos la mejor manera de liberarla; y estos, siguiendo las instrucciones del sabio, lo consiguieron; mas, después, nadie se acordó más de aquel sabio. Y ante este hecho, pensaba yo: Si la sabiduría vale más que la fuerza, ¿por qué se desprecia la sabiduría del sabio, aunque sea pobre, y no perdura su memoria? Pues, las palabras del sabio dichas en voz baja, son más eficaces que los gritos del necio poderoso. Mejor es la sabiduría que las armas de guerra; pues, aunque un hombre poseyera un gran ejército, si obra con necedad en los ardides de la guerra, lo perderá todo.

Capítulo XII

Sabiduría, templanza y prudencia en el hombre

Las moscas muertas en el perfume donde han caído, echan a perder la fragancia del perfume; del mismo modo, una pequeña necedad a destiempo mancilla la sabiduría y la gloria más brillante. El corazón del sabio está siempre en su mano

diestra para obrar rectamente, y el corazón del necio está en su mano siniestra para obrar impiamente. El necio, en su camino, a todos juzga como tales. Cuando un poderoso se pusiera sobre ti, no por eso desampares tu puesto, porque tu vigilancia evitará pecados gravísimos.

He aquí otra necedad que he observado: Que el príncipe ponga al necio en el lugar más alto, y al sabio y prudente en el lugar más bajo. He visto a siervos en caballos y a príncipes andar sobre la tierra como siervos.

El que de otro dice secretamente su mal, es semejante a la serpiente, que pica sin hacer ruido.

El necio habla mucho. El fruto de las fatigas del necio será la aflicción, porque ni sabe el camino por donde ir a la ciudad.

Desdichado de ti, oh país, cuyo rey es falto de sabiduría y prudencia, y cuyos príncipes se preocupan más de comer que del buen gobierno. Y por el contrario, bienaventurado de ti, oh país, cuyo rey es noble por sus obras y por su sabiduría en el gobierno y en el manejo de las armas, y cuyos príncipes comen para sustentarse y no para cebarse en los deleites.

Por la negligencia en retejar, se desplomará la techumbre; y por la pereza en hacer bien la obra, será toda la casa una gotera.

No digas mal de nadie en el secreto de tu aposento, porque aun las aves del cielo llevarán tus palabras y los pájaros publicarán cuanto has dicho.

Capítulo XIII

La liberalidad, la juventud y la vejez

Da limosna a los pobres sin esperar recompensa alguna, que al final hallarás tu eterno galardón.

Cuando las nubes están cargadas, derraman abundante lluvia sobre la tierra. Así has de repartir tú las limosnas.

El que anda observando el viento, no sembrará nunca; y el que está pendiente de las nubes, jamás segará.

Así como ignoras por qué camino entra el alma al cuerpo, y el modo con que se compaginan los huesos en el vientre de la que está encinta, así tampoco sabes las obras de Dios, que es el que hace todas las cosas.

Dulce es la luz, y deleitable a los ojos el ver el sol.

Si el hombre viviere muchos años, y en todos ellos gozase de alegría, piense en que los días de la eternidad no tienen fin; y que, cuando vinieren ellos, se dará cuenta de la vanidad de muchas de las cosas pasadas.

¡Oh joven!, piensas con vanidad cuando te dices a ti mismo: *«Gozaré en este mundo en mi mocedad, disfrutaré de los bienes temporales durante los días de mi juventud, siguiendo las inclinaciones de mi carne, y lo que es grato a mis ojos»*. Mas, sábetelo que de todas estas cosas te pedirá Dios cuenta en el día en que te juzgue.

Por tanto, aparta la ira de tu corazón, y aleja la malicia de tu carne. Pues es necio el mancebo que se entrega a los deleites del mundo.

Acuérdate de tu Criador en los días de tu juventud, antes que venga el tiempo de la aflicción, y se acerquen aquellos años de la vejez, llena de incomodidades y achaques. No esperes, pues, a obrar bien cuando tiemblen tus manos y piernas.

Acuérdate de Dios antes que tu cerebro se embote con los muchos años, y la demencia te impida obrar ya meritoriamente por falta de juicio en tus actos, y antes de que tu cuerpo, convertido en polvo, vuelva a la tierra de donde salió, y el alma vaya a su destino eterno.

Vanidad de vanidades, todo es vanidad. Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es lo único que vale para el hombre.

Dios nos pedirá cuenta en el juicio, de cualquier obra que no haya sido hecha con rectitud.